



MAYO AMARILLO 2020

La expansión con los caracteres de una pandemia del virus SARS COV-2, responsable de la enfermedad COVID-19, ha impactado en las sociedades de todos los países afectados, a lo cual no ha escapado nuestra sociedad. Además de los esperables cambios en el sistema de salud preparando su respuesta, las repercusiones de la epidemia han tenido consecuencias directas sobre múltiples aspectos del comportamiento humano.

Como hechos positivos que podemos señalar para nuestro país y lo que ha sido nuestra experiencia hasta este momento (no podemos predecir con certeza que ésta vaya a ser nuestra realidad los próximos meses) el distanciamiento social que la población adoptó desde el inicio, ha contribuido indudablemente al control epidemiológico de la infección, a una protección de la población en su conjunto y del propio sistema de salud, que hasta el momento no se ha visto desafiado a responder a una exigencia asistencial masiva, como ha sucedido en otros países, donde se constituyó una verdadera situación de desastre: las demandas asistenciales superaron ampliamente las posibilidades del sistema sanitario. También, y como consecuencia de este distanciamiento social, se ha podido controlar en términos de mortalidad, con una cifra total de fallecidos que no alcanza las 15 personas a la fecha en que escribo estas líneas, luego de casi un mes y medio de declarada la situación de alarma sanitaria.

Todo esto se ha logrado, es imperioso señalarlo, con un costo económico gigantesco, con miles de personas sin trabajo, pasando penurias en el marco de la incertidumbre que significa para todos no saber cuándo será el momento en que podamos decir “volvemos a la normalidad”, con el impacto psicológico que además conlleva.

Dicho en otros términos, nosotros, los uruguayos, hemos sido capaces de mantener hasta el momento una curva bastante plana de expansión del virus, evitando su ascenso exponencial que pondría rápidamente en jaque al sistema de salud y su capacidad de respuesta.

Este escenario se ha reiterado más o menos así, con las correspondientes variantes inherentes a las peculiaridades de cada sociedad, en todos los países que han podido mantener bajo control la expansión de la pandemia.

Llegados a este punto, podríamos preguntarnos: ¿cuáles son los factores que han llevado a una respuesta masiva y disciplinada de la sociedad, más o menos sostenida en el tiempo -al menos hasta ahora- acatando el distanciamiento social y las otras medidas implementadas, a pesar de las

penurias que hemos señalado? ¿Todo puede explicarse por efecto del miedo frente a una agresión nueva y desconocida?

¿Es el impacto de la abrumadora información a nivel mundial que se ha desplegado en un planeta más interconectado que nunca, con redes sociales que permiten la conexión instantánea entre personas de diferentes continentes?

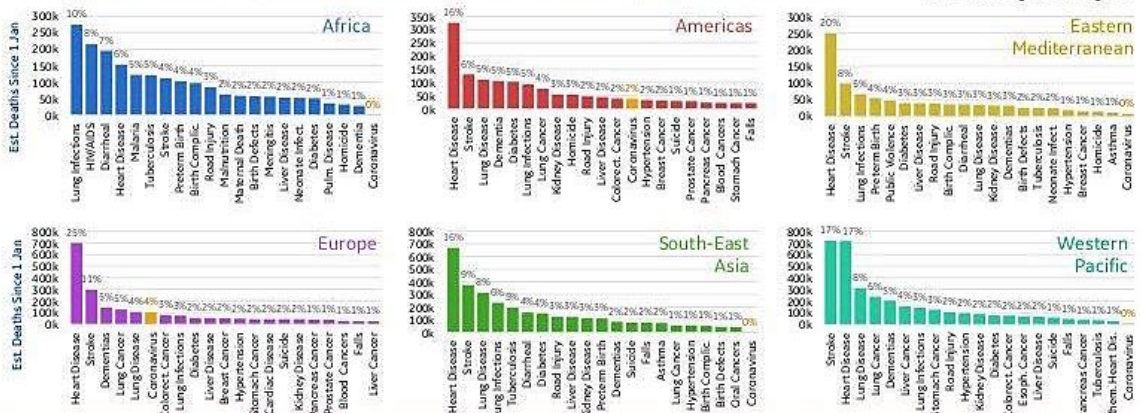
Al menos para nuestro país, al cual conocemos, hay aspectos de esta respuesta que por lo menos deberían sorprendernos, si los confrontamos con lo que es nuestra reacción, como sociedad, frente a otros determinantes de muerte y sufrimiento con los que podemos convivir indolentemente de manera cotidiana. Y cuando hablamos de “respuesta”, en este momento no nos estamos refiriendo exclusivamente a la respuesta de la ciudadanía que veníamos analizando, sino que tomamos esta palabra en su sentido más amplio, comprendiendo en la misma la respuesta política, la respuesta de los medios masivos de comunicación y de todos los estamentos que hacen al país.

Porque sin la menor intención de minimizar una enfermedad que se ha difundido como una pandemia, así reconocida y declarada por la Organización Mundial de la Salud, con alta contagiosidad (cifra actualmente cercana a los 3 millones de infectados confirmados en el mundo) y que ha determinado que más de 200.000 personas hayan fallecido, con una letalidad que varía del 1 al 10% (diferencias según países, grupos etarios, etc), no cabe duda que su impacto en términos de morbilidad y mortalidad es ostensiblemente menor si lo comparamos con otros determinantes de muerte y discapacidad, como la siniestralidad vial.

Feature: Coronavirus Mortality by WHO Region



Top 20 Causes of Mortality Compared to Coronavirus: 1 January thru 19 April*
Mortality = Deaths / Total Population. Based on Coronavirus deaths officially reported to the WHO



* Uses annual death data from most recent complete WHO mortality report available (2015). For simplicity, non-COVID deaths for 1 Jan - 19 Apr are estimated by assuming that deaths are evenly distributed throughout the year (i.e. basic population).

En nuestro país la tasa de mortalidad por siniestros de tránsito es de 12 personas/100.000 habitantes, con departamentos -como Cerro Largo- que superaron en 2019 el 23/100.000 (cifras oficiales de la UNASEV)

Tan solo en la última semana de turismo (4 al 12 de abril de 2020) hubo 324 uruguayos lesionados en las rutas y calles de nuestro país; de ellos, 42 graves y 7 fallecidos. Cinco de los 7 fallecidos eran menores de 40 años. Y esto, en el mejor de los escenarios: en pleno aislamiento social, con la campaña “quédate en casa” contribuyendo a alcanzar cifras muy por debajo del mismo periodo del año pasado.

Precisamente, el año 2019 cerró con la menor cifra de uruguayos fallecidos por siniestralidad vial de los últimos años: 422. Sin embargo, eso es más de una persona muerta por día.

¿Se imaginan la repercusión a todo nivel (político, social, en los medios, etc.) que presenciáramos si tuviéramos más de un fallecido por día por causa del SARS COV-2?

Al parecer hemos aprendido a convivir con un “virus” distinto, que ataca a nuestra población de manera insidiosa, que mata preferencialmente a gente joven, menores de 40 años, que enferma a miles por año: 25.114 afectados el año pasado -69/día-, 3050 de ellos graves.

Pero al parecer, nada de esto termina por conmovernos. Y en este plural nos incluyo a todos como uruguayos: desde la ciudadanía a la dirigencia política; ninguno de nosotros se ha adherido a un cambio de comportamiento siquiera comparable al que hemos llevado adelante -por la causa que sea- frente a esta nueva pandemia; ningún sector político ha demostrado un nivel de preocupación y alarma sobre la siniestralidad vial como causa de discapacidad y muerte, siquiera comparable al que sí ha determinado el SARS COV-2.

Ese es uno de nuestros desafíos como sociedad: comprender y asumir que estamos inmersos en otra epidemia en el seno de la pandemia. En una epidemia frente a la cual, por cotidiana, por habitual, no parecemos estar dispuestos a adoptar las urgentes medidas que permitan revertirla. Una epidemia que lesiona y mata a muchos más uruguayos y uruguayas, en su mayoría jóvenes, y cuyo costo en términos económicos, sociales y de sufrimiento, no parece que termináramos de reconocer.

Ese es el desafío, una vez más, para el movimiento MAYO AMARILLO!



Dr. Fernando Machado, FACS

Prof. Director del Departamento de Emergencia

Hospital de Clínicas – Facultad de Medicina de la UdelaR